



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Alacena de minucias

por Andrés Henestrosa*

Febrero, 1957

Pese a lo abundante de la bibliografía de don Carlos María de Bustamante se puede decir que aún no se integra totalmente. En efecto, cuando menos se espera nos damos de manos a boca con una nueva pieza suya: ya original, ya traducida, ya solamente editada por él. Porque el lector no debe olvidar que en esos tres campos ayudó Bustamante a la literatura de su tiempo. Y en todos dejó las huellas inconfundibles de su espíritu. Debe recordar, también, que a pesar del siglo y medio que ha transcurrido todavía no se le perdona, no los altibajos de sus tareas literarias, sino su condición insurgente y enemiga de todo régimen despótico, en primer lugar el que España implantó en México. Es verdad que como literato, historiador, editor, su obra registra numerosos defectos. Es verdad, pero en todos hay siempre atenuantes. Como literato, hay que recordar los tiempos difíciles en que vivió y escribió sus libros: época de acción, de peligros, de trastornos nacionales sin cuento que fatalmente repercutieron en su alma y en su acción. Sin embargo hay en todo ello algo que no han podido negar ni sus propios enemigos: su amor a la patria, a la causa de la independencia, que era la de su conciencia; su muerte misma la precipitó la tristeza de ver flotar en el Palacio Nacional la bandera norteamericana. No será un dechado de estilos el suyo, pero el discurso que pronunció Morelos en Chilpancingo es hijo de su pluma y contiene un tesoro de saber y anhelos que ningún mexicano debe olvidar. Como historiador es desbaratado, incongruente, a ratos ingenuo, con frecuencia crédulo, cien veces contradictorio, dicen sus enemigos, Lucas Alamán a la cabeza. Y en esto también son injustos, porque no sólo olvidan las circunstancias en que escribió, sino también que Bustamante dijo en muchas ocasiones que él no era un historiador, ni sus libros historia, sino un diarista, un analista y unos apuntes para que una pluma mejor cortada que la suya escribiera una verdadera historia. Por lo que toca a editor, hay

* Esta serie de artículos periodísticos, relativos a Carlos María de Bustamante, fueron escritos en la redacción del periódico *El Nacional* la víspera de su publicación, sin libros a la mano, circunstancia que explica posibles equívocos en fechas, títulos de libros y aun la repetición de temas.

más cosas que aplaudir que censurar. Es verdad que retocaba los textos ajenos y los llenaba de notas, inoportunas, según algunos. Es verdad. Pero sin su generosidad de poner sus pobreza que no sus riquezas al servicio de la bibliografía y de la cultura mexicana, muchos de los papeles que editó salvando de seguro olvido, han sido útiles después para que los sabios y discretos escriban historias verdaderas de México. En este capítulo está al lado de Icazbalceta, comparación necesariamente odiosa para los devotos de don Joaquín y los detractores de don Carlos. Y, díganme, ¿retocar un libro ajeno, pero editarlo con ánimo de servir a todos, es menos grave o es más grave que publicarlo para unos cuantos? ¿Quién es más digno de elogio y quién de reproche? Lo más cuerdo y sensato es aplaudir a los dos, que de igual manera concurren a salvar nuestros tesoros bibliográficos y a servir a la causa de la cultura nacional.

Pero volvamos a la bibliografía de Carlos María de Bustamante. He aquí algunas fichas que pueden ayudar a integrar, o por lo menos que ayuden a integrarla: *No hay peor cuña que la del mismo palo* (Adagio español). México. Imprenta de J.M. Lara, Calle de la Palma No. 4, 1842 (15 páginas); *Defensa de la petición hecha al Soberano Congreso por varios individuos solicitando la restitución de la Compañía de Jesús en la República Mexicana, y satisfacción a los señores editores del Cosmopolita que la han impugnado*. Formóla el editor de dicha petición y la publica para desengaño de algunos incautos. México. Impreso por J.M. Lara. Calle de la Palma No. 4, 1841 (28 páginas); *Curiosa compilación de documentos originales e importantísimos relativos a la Conquista de ambas Américas en aquella época y la muy inmediata a ella y tiempos posteriores hasta la independencia*. Sacada de los Archivos de España, y sin cuya lectura no puede formarse idea de la Conquista ni de los conquistadores y demás sucesos principales ocurridos hasta el año de 1840. Dálas a luz, traducidas del francés en que las redactó Mr. Ternaux. Carlos María de Bustamante. México. 1840. En la Imprenta de Luis Abadiario y Valdés, a cargo de José M. Mateos, en la Calle de Escalerillas No. 13 (20 páginas).

Agosto, 1958

Siempre será oportuno, y grato, volver a Carlos María de Bustamante, aquel oaxaqueño múltiple. Soldado de la insurgencia, orador, periodista, editor de libros, periódicos y revistas, traductor, prologuista y anotador de cuanta obra cayera en sus manos, aunque no todas pudieran publicarse. Nosotros hemos encontrado, por nuestros largos viajes al siglo XIX, muchos papeles, muchos libros que le pertenecieron y hemos podido ver en sus márgenes, notas, a ratos ajenas al texto que pudiera haberlas inspirado. Y es que Bustamante no tuvo jamás la mente quieta ni la pluma en reposo. Cosas todas estas que le afean sus enemigos más por rivalidad política que por criterios literarios. Lo que no le perdonan a Bustamante es su eficaz oposición a la ideas realistas, que es como decir conservadoras y retrógradas. Sin el oaxaqueño, sin el farragoso oaxaqueño, para usar un adjetivo predilecto a sus enemigos, el juicio, por ejemplo, sobre la guerra de Independencia, caería por el lado de Lucas Alamán, tan distinto a él en la pulcritud del estilo, en lo intencionado de los razonamientos, en lo tendencioso, partidariamente tendencioso. Don Carlos, por el contrario, colocado dentro de la buena línea que viene de Lizardi, de Mier, y se prolonga pasando por Juan Bautista Morales y Francisco Zarco, escribía mientras caminaba, mientras actuaba, a veces, por no decir que siempre, espoleado por la urgencia. ¿Se puede exigir en estas circunstancias que las acciones que eso eran frecuentemente sus letras, tuvieran aquella serenidad y perfección que todos quisiéramos? Claro que no. Sus contradicciones, que son muchas, se explican también por su inteligencia y su actividad sin tregua. Los acontecimientos de su tiempo, tan abigarrados, lo llevaban con frecuencia a equivocarse el camino, a estar hoy en contra de lo que defendió ayer y mañana otra vez en su favor. ¿No le escribía Robespierre odas al rey, apenas unos meses antes de mandarlo a la guillotina? Pero hay algo a que Bustamante es fiel, constante, por encima de todas las adversidades: al amor a la patria y su decisión de lucha en pro de su independencia y de su libertad. Eso por cuanto toca a una de las maneras de su actividad, la acción política. Por lo que toca a su condición de escritor, el trato con

sus obras nos convence de que amaba el ejercicio literario apasionadamente. Gustaba de escribirlos, de leerlos, de anotarlos y de publicarlos. A la manera de Icazbalceta, personaje de quien tanto se aparta en cien cosas, pero a quien se acerca en el afán de buscar y dar a conocer documentos de nuestra historia, Bustamante gastó no sus riquezas, sino su mediano bienestar económico en actividades editoriales.

La simpatía por la vida y por la obra de Bustamante, nos ha llevado a localizar unos apuntes suyos relativos a la publicación de la *Historia del Descubrimiento de la América Septentrional* por fray Manuel de la Vega (1826), de la *Conquista de México*, y de la *Historia de las conquistas de Hernán Cortés*, por Francisco López de Gómara (1826). Minuciosamente, el autor consigna precios de papel, de carátulas, de corrección, encuadernación, entre las muchas operaciones que la edición de un libro comprende. Es curioso observar que la primera de las obras señaladas tiene un costo de \$855.04 y la otra, dividida en dos tomos, \$2,506.04. ¿A qué cantidad, dado el tipo de cambio de nuestra actual moneda, alcanzarían esas dos sumas? De todas maneras, don Carlos las destinó al mejor conocimiento de la historia patria, sin el cual es imposible comprender y amar a México. Para regocijo de los enemigos de Bustamante agreguemos que la suma total está equivocada, encareciendo el costo. ¡Cosas de don Carlos!

¿Aproveché bien el obsequio, amigo don Rafael Porrúa?



Julio, 1962

¿Quién es el autor más desdeñado de las letras nacionales? Pregunta difícil de contestar, porque abunda. Una cosa sí se puede responder desde luego: el autor más desdeñado pertenece a los que forman en la fila del progreso, se encuentra entre los defensores de México, entendido como continuidad del mundo precortesiano, independiente de España, laico y liberal. Eso nos dice, de paso, qué ideología, qué creencias han profesado los que han escrito las historias y manuales más conocidos de la literatura nacional. ¿Hace falta decir nombres? De ninguna manera: en tus labios están ahora, lector.

¿Es José Joaquín Fernández de Lizardi? ¿Es, acaso, Carlos María de Bustamanté? ¿Lo es Juan Bautista Morales? ¿Acaso fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra? ¿Será Guillermo Prieto? A primera vista, se diría que Lizardi, fundador de toda una familia de escritores mexicanos, el que alcanza el honor del odio y el desprecio de los críticos. Cuando quiere situarse a un escritor que no se caracteriza por un estilo pulido, limpio, bien peinado, se dice que viene de "el Pensador", que continúa sus maneras, que está a espaldas de la gramática. Pero no es extraño que se afuda a alguno de los otros que hemos mencionado para descalificarlo.

Quizás la manera más segura de establecer quién fuera el literato mexicano más desdeñado sería hacer la nómina de los adjetivos con que los califican. ¿Quién los junta en mayor número? Lizardi —se dice— no hizo estudios, apenas si los inició para la carrera literaria, sin perjuicio de agregar que estaba nutrido con la lectura de los enciclopedistas, que le permitió ser un hábil y denodado obrero de la libertad. No era más que un periodista, como si serlo no fuera el mayor timbre de gloria, en un pueblo que no puede adquirir libros y que por su escasa instrucción necesita que se le proporcione enseñanza y solaz en lengua sencilla, en esa en que se hablan los vecinos. Que no tuviera preocupaciones de estilo y de belleza no quiere decir que careciera de capacidad de estilo, ni que faltara de voluntad de arte y de belleza. Sin sentimiento artístico, iba en derecho a su objeto, dijo uno con ánimo de agraviarlo. Su cultura, muy revuelta y limita-

da, era propia para llegar al alma popular, agregó, como si con ello diera el tiro de gracia y no le hiciera el mayor de los elogios. Porque, ¿hay otra gloria que ser entendido de todos, esto es, del pueblo? ¿No dijo Antonio Machado —¿o fue Azorín?— que la máxima preocupación de un escritor es que nadie deje de entenderlo y de gozarlo?

Era Lizardi punzante, pero chabacano; grosero y aburrido era, aunque travieso, decidido, ingenioso y socarrón. Escribo de memoria, pero respondo que palabra más, palabra menos, inspiró esos dictados, tales dicitos. A Juan Bautista Morales no se le menciona en absoluto por don Carlos González Peña. Y sólo en la penúltima edición de su *Historia de la literatura mexicana* —según creo— don Julio Jiménez Rueda se atreve a aludirlo, así, de soslayo, sólo para decir que es un lejano discípulo de Larra.

Mier tiene personalidad, quizá fuera el único que la tuviera, entre los escritores políticos de su tiempo. Pero es estafalario, extraño decididamente. Sus *Memorias* están trazadas en llano y a veces nervioso estilo, por un ingenio ya grave, ya travieso, siempre ameno, a menudo gracioso; pero su *Historia de la revolución de Nueva España* está escrita sin plan; es desmañada y confusa. Si algún mérito tuviera, ese sería el de haber sido el primer documento que se escribió sobre el tema. Dista de ceñirse a las disciplinas del historiador; más que historia, parece un alegato político. Y así por el estilo, queda situado fray Servando en unos cuantos renglones, reducido en su grandeza de literato, político y hombre de acción.

Don Carlos María de Bustamante, para mí el peor tratado, porque allí incurren hasta los escritores liberales, era ligero, ramplón, chocarrero, crédulo, farragoso, pueril y otras mil lindzas.

Pero dejémoslo aquí, para buscarle la moraleja otro día.

Entre las efemérides más importantes de este año se cuenta el bicentenario del nacimiento de José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, nacido en Monterrey el 18 de octubre de 1763, aunque algunos, entre otros Alfonso Reyes, den como la fecha de su nacimiento dos años más tarde, o sea el año de 1765. Parece, sin embargo, que la primera de esas dos fechas es la verdadera de su nacimiento. No obstante la importancia literaria y política de Mier, su biografía está todavía por escribirse. Mucho se ha trabajado en los últimos años acerca de esta compleja y curiosa personalidad, pero lo que pudiera decirse una semblanza cabal de aquel gran inquieto, no la hay. Reyes escribió al frente de sus *Memorias* un magnífico prólogo y trazó su breve retrato que sigue siendo uno de los mejores que se le han hecho.

Mier, como Prieto, Morales, Bustamante, no alcanza aún la consagración que su vida y obra acreditan. Todavía se le niega la condición de gran literato, siéndolo excelente. Aunque González Peña afirma que es el único de su generación que tiene personalidad literaria, no le consagra el elogio que debiera. Se busca en sus escritos lo que pueda tener de fantasía, de invención caprichosa, de incongruencia, de exageración.

Sus contemporáneos lo vieron mejor. Bustamante, sobre todo, habla del padre Mier con respetuosa admiración. Sus escritos, dice más o menos, eran profundos, audaces, siempre llenos de gracia y salero. De las breves alusiones, dispersas en los libros de sus compañeros de lucha, habrá que tomar rasgos y tintas para pintar su retrato, que sería al propio tiempo el de otros escritores y políticos de su tiempo. Porque Mier forma parte de una familia de escritores mexicanos en la que pueden contarse Carlos María de Bustamante, Fernández de Lizardi, Juan Bautista Morales, Mora, quien llegó a reducir en una frase lo que pudiera ser la divisa, la empresa de una estirpe de escritores mexicanos. "Cuando creo haber expresado mis ideas no tengo tiempo para ocuparme en palabras." Así procedieron algunos de los más grandes escritores mexicanos del pasado y del presente. ¿No puede, en efecto, establecerse una línea de parentesco entre los escritores nombrados con José Vasconcelos, pongamos por ca-

so? Escritores fueron todos que tenían algo que decir, que defender y enseñar a sus semejantes. Para servir a su generación fue que escribieron y cuando creyeron traducido su mensaje se olvidaron del estilo, del procedimiento, pero creándolo, que todo tiene una manera de decirse. Antes hubiera arrojado su pluma al fuego que emplearla en alardes de ingenio y en inventar flores que luego el tiempo hubiera marchitado. Crear, más recrear.

Las *Memorias* de Mier, como el *Diario* de Bustamante, constituyen una de las piezas más características de nuestra literatura: por su abundancia de noticias a la par que por su factura literaria. Eran escritores que escribían sobre la marcha, urgidos, perseguidos por un genio que no les daba reposo. Nada de tener primero reunidas unas bellas frases, algunas figuras de dicción para luego armar el artículo, o el poema en que todo eso aparece postizo. La página se inicia siempre con la primera ocurrencia vivaz, fulgurante, original y briosa. Poderosos y pecadores —dice Mier en el arranque de las *Memorias*— son sinónimos en el lenguaje de las *Escrituras* porque el poder los llena de orgullo y envidia, les facilita el medio de oprimir y les asegura la impunidad. Pero vi al injusto exaltado como cedro del Líbano, pasé y ya no existía. Y tras de esas primeras líneas nos entrega uno de los libros más humanos, más jugosos de cuantos se escribieron aquí durante el siglo pasado.

Merece fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra que alguno en ocasión del bicentenario de su nacimiento escriba su biografía que lo será de un México que no cesa y que él soñó glorioso.



Cuando Carlos María de Bustamante comenzó a sentir la proximidad de sus últimos días, quiso, antes de entregar a la tierra el forzoso tributo que todos le debemos, hacer su testamento. En él consignó el encargo —dice Elías Amador— de que se depositara en el Convento de Guadalupe, inmediato a la ciudad de Zacatecas, la colección de volúmenes del *Diario Histórico de México*, que es quizás la última producción inédita del instruido literato oaxaqueño, quien indudablemente dispuso que esa obra fuera guardada en el convento citado, porque en él tenía condiscípulos, como los P.P. García Diego, Frejes, Guzmán Escalera y otros notables literatos y predicadores del mismo monasterio.

Acerca del *Diario Histórico* se lee en el Diccionario de Historia y Geografía de Orozco y Berra que “A ellos —a los últimos manuscritos de Bustamante— hay que agregar todavía muchos volúmenes —se dice que ochenta— de que se compone el *Diario* que llevaba de los sucesos notables, los que asentaba todas las noches, cuya colección dispuso que se depositara en el archivo del colegio apostólico de Guadalupe de Zacatecas, con cuatro ejemplares del *Cuadro Histórico* y que él mismo cuidó de remitirlo a pocos meses de su muerte”.

A ese acervo habría que agregar muchos artículos sueltos perdidos en periódicos, así como gran copia de manuscritos que sin duda fueron a parar inéditos en poder de García Icazbalceta y de otros literatos del país.

Por largos años los manuscritos de Bustamante se conservaron en el Convento de Guadalupe. En el año de 1860, en virtud de la exclaustación de los frailes del mismo convento, pasaron a la biblioteca del Estado, en donde acaso se encuentren en la actualidad.

En el año de 1895, Elías Amador obtuvo del gobierno zacatecano licencia para imprimir tan útiles, abundantes y valiosos papeles. Al año siguiente imprimió un volumen de cerca de setecientas páginas del *Diario Histórico*, frustrándose el propósito de darlo todo a la estampa.

La importancia del *Diario* es indiscutible: representa un monte de noticias, de comentarios a la vida mexicana de los tiempos

de Bustamante, sin los cuales no puede entenderse cabalmente aquella etapa de nuestra historia.

Allí —en el Convento de Guadalupe— conocí esa obra —dice Amador— con motivo de algunas investigaciones que he hecho, referentes a la historia de Zacatecas y como al consultar las páginas de dicha obra vi que ella es muy interesante y que contiene una multitud de hechos históricos, de rasgos biográficos relativos a muchos personajes de la política, del foro de la milicia de las letras, del clero y de otros gremios; que encierra anécdotas y noticias diversas y que abunda en folletos e impresos en que puede consultarse mucho de la historia general del país y de cada una de sus entidades federativas, me he resuelto a dar a luz pública la edición del primer tomo que abarca desde el mes de diciembre de 1822 al 31 de diciembre de 1823, y corresponde a los tres primeros volúmenes originales de la obra, la cual consta de 42 tomos manuscritos y comprende un periodo de 18 años y 9 meses, o sea desde diciembre de 1822 hasta agosto de 1841. Por consiguiente, no consta, como asegura Orozco y Berra de ochenta volúmenes, a menos que Bustamante hubiera continuado el *Diario* hasta la víspera de su muerte, en 1847.

Amador no imprimió los folletos, periódicos y otros impresos en el cuerpo del volumen que dio a luz, si bien los cita en cada oportunidad por medio de notas.

Hace unos años, en ocasión del ciento cincuenta aniversario del Grito de Dolores, y del cincuentenario del Plan de San Luis, propuse, como miembro de la Comisión que planeó las publicaciones respectivas, que se editara el *Diario Histórico*, bien tenida en cuenta de su importancia. El señor secretario de Gobernación, don Gustavo Díaz Ordaz, acogió con entusiasmo la idea, y fue aprobada por la Comisión. Por algo que ignoro, el proyecto no se llevó adelante, y en vez de la edición de los papeles manuscritos de Bustamante, se ha reimpresso una parte de las obras del autor, que si bien revisten parecida importancia, ya han rendido sus frutos en nuestras investigaciones históricas.

¿No podría alguna institución mexicana, la Universidad Nacional Autónoma, por ejemplo, salvar del olvido y acaso de segura pérdida los manuscritos de Bustamante, editándolos, para beneficio de la cultura nacional?

No tenemos, después de un siglo y medio de su herido tránsito, una biografía de Carlos María de Bustamante, un estudio de sus obras históricas, que las despoje de la incomprensión que las cubre. Todavía, hasta en la pluma de escritores llamados liberales y progresistas, se le juzga siguiendo los dictados de Lucas Alamán, su acérrimo enemigo. A los adjetivos denigrantes con que el cerrado enemigo de la Independencia lo calificó, otros escritores que vinieron después han agregado algunos más de su cosecha, dando por bueno cuanto en contra de él se diga, que son ciertas las negaciones de don Lucas.

Parece mentira que haya sido Victoriano Salado Alvarez, un descendiente intelectual de Alamán, quien no digo que releve a Bustamante de las culpas con que se afea su obra, sino que las atenúe, que intente una explicación de su estilo, de las caídas de su labor histórica y periodística. Las memorias, los diarios, las autobiografías, viene a decir Salado, ayudan en mucho a la reconstrucción del pasado, porque también con los hechos cotidianos, con las minucias diarias, está tramada la historia, se organiza la vida de los pueblos. No dice don Victoriano, claro está, que sin Bustamante todo caería del lado de Alamán, a él sólo habría que recurrir en busca de un juicio acerca de la guerra de Independencia y de los hombres que la forjaron.

Bustamante, según la opinión más corriente, deducida de las *Noticias biográficas del licenciado D. Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras. Escritas Por un Amigo de Don Carlos y más amigo de la Verdad*, obra que Alamán publicó anónima, y que muchos todavía atribuyen a Icazbalceta, otro enemigo suyo; Bustamante, digo, según aquella opinión, era inconstante, versátil como dicen los tontos de hoy, creyéndola elogiosa; crédulo, ramplón, mentiroso, ignorante, puntos menos que alfabeto. Que lo digan los del bando enemigo, se explica, mas no que la prohíjen autores que se supone no digo que liberales y progresistas, sino nada más imparciales. En esto, como en otros capítulos de nuestra historia, la sombra de Alamán, de Icazbalceta, de Menéndez y Pelayo, de Menéndez Pidal, no deja ver:

es tan grande la fama de estos hombres, tan asombrosa su erudición, que ha de ser una temeridad contradecirlos.

Más aún. La obra de Bustamante es muy vasta, muy abigarrada: abarca muchos años; está escrita sin el reposo y la calma que requieren las obras históricas y literarias, contrariamente a la de su acérrimo rival. ¿Quién de los que le niegan, excepto sus enemigos, la ha leído en su integridad? La leyeron Zavala, Mendivil, a quien el primero nombrado elogia, olvidando que en ella abrevó el segundo: la tuvo a la mano Alamán, sin duda, para refutarlo, para oponérsele, como guía, aunque dando a los acontecimientos distinta interpretación, acorde con su criterio y su filosofía, de donde nacen sus discrepancias. Porque puede ser, como decía Unamuno, que todos los documentos sean verdaderos, y sin embargo la historia resultar falsa.

Se juzga historiador a Bustamante, contrariamente a su propio deseo. En más de un lugar dice que no lo es, y que sus obras no son todavía la historia de los acontecimientos que narra, sino el solo material para que una pluma mejor cortada que la suya la escriba. Responde, sí, de la verdad de los hechos que relata: es verdadera su pasión por la independencia, por la causa de México que no es otra que la República, la Democracia, la Independencia, la Libertad.

Entristecía a don Carlos la opinión de sus contemporáneos, lo ensombrecía la injusticia con que se le negaba y perseguía. Por eso escribió el papel autobiográfico que lleva el hermoso título de *Hay tiempos de hablar, y tiempos de callar*, en que cuenta las razones de sus trabajos y de su vida, ni más ni menos que otros lo han hecho, con el aplauso que a él se niega. ¿Cuándo uno de nuestros grandes escritores, con el tiempo y corazón que no todos tienen, escribirá una biografía de Bustamante, que lo releve de incomprensiones, que lo sitúe en su justo lugar, a él que todo lo hizo y padeció por México?

Agosto, 1963

Muchas cosas se suman para devolver al nombre de Bustamante una actualidad que no debiera perder. Una es que la glorificación del doctor Mora ha venido a recordar los trabajos de don Carlos, indispensables para el mejor conocimiento de la guerra de Independencia, aunque otra cosa postulen Alamán y García Icazbalceta, sus más acérrimos enemigos y la caterva de sus discípulos y descendientes espirituales, sin embargo de ostentar algunos la máscara de escritores progresistas. Otra es la proximidad del sesquicentenario del Congreso de Anáhuac, el próximo 13 de septiembre, suceso en el que Bustamante participó de manera tan intensa y apasionada. Una más es por reflejo; un grupo de mexicanos se afana ahora mismo por traer a su patria los restos de Clavijero, iniciador de nuestra moderna historia con su *Historia antigua de México*. Agréguese a las anteriores la decisión de nuestra Universidad de formar, al través de los investigadores de la Biblioteca Nacional, reinaugurada ayer, la bibliografía de Bustamante. Y una última: el artículo "Otro candidato", de Angel María Garibay K., publicado en un diario capitalino, en que postula a Carlos María de Bustamante candidato a la glorificación nacional. Ahora sí ya tenemos capitán los defensores de Bustamante: a ver qué dicen los modernos, precipitados enemigos del único que, con todos los agravios a ese tabú que es la gramática, le sale al paso con éxito a Lucas Alamán, ante quien se arrodillan los que creen que todo se reduce a corrección, buen estilo, inteligencia soberana, erudición. Y quieren que el hombre, cosa variable, se conserve en el fragor de la vida que es milicia, sereno, reflexivo, certero. Esas excelencias sólo las alcanzan los que encuentran la mesa puesta: calientes la sopa y el pan, albos los manteles y las servilletas, helado el vino, espumosa la champaña. No así don Carlos, ni Fernández de Lizardi, ni Juan Bautista Morales, ni Vasconcelos.

Garibay Kintana, hombre de la iglesia, humanista cabal, es quien ahora sale a romper una lanza en favor del otro oaxaqueño ilustre. Lo hace con todo el peso de su autoridad intelectual y moral. Propone para Bustamante, si no otra cosa, por lo menos el reconocimiento de sus méritos por la generación actual.

Un mexicano que trabajó en tiempos heroicos por la formación de nuestra patria tiene derecho a que se le conozca y recuerde.

Y, ¿cómo ha de lograrse todo eso? Se logrará editando la obra que Bustamante dejó inédita, tan voluminosa, si no es que más, que la que dio a las prensas, que gustaba fatigar, como dijo Icazbalceta en tono de reproche. En el monte de sus escritos encontrará quien lo busque, así lo penetre con machete en mano, mil noticias curiosas, interesantes; ramas cargadas de capullos, flores abiertas y frutos en sazón. Y luego escritas, como creo que dice Garibay, con un estilo tan personal, chistoso, agudo, mordaz, variadísimo. Un escritor mexicano que exige el mayor estudio, por lo menos a aquellos que suelen escribir sobre su persona y obra. Si lo conocieran, les temblaría el pulso para endilgarle tanto epíteto denigrante, peyorativo, desdeñoso.

En todo eso venía pensando Angel María Garibay cuando llegó a sus manos la *Memoria estadística de Oaxaca*, impresa en 1821, y reeditada ahora, para nuestro bien y regalo. Se vale el maestro mexicano de la ocasión para hilvanar muy pertinentes y jugosas reflexiones sobre el autor, patria y letras mexicanas. Hagamos algo por don Carlos María de Bustamante. Si se puede, llevemos sus restos a la Rotonda; si no, salvemos del olvido su obra, escrita mientras caminaba, con un pie en el estribo, en la manzana de la silla de montar, con lágrimas más que con tinta. ¿Será mucho pedir?, concluye el padre Garibay.



Junio, 1964

Volvamos a Bustamante cuyo nombre yo no puedo separar del de Agustín Rivera, si bien hasta ahora no lo haya **Mayo, 1963** lado de otros de su familia, linaje y estirpe. Ignoro si acierto o me equivoco, pero yo encuentro que el padre Rivera es par de don Carlos en más de un aspecto, cosa que me alegraría mucho de ser el primero en advertir, mejor dicho, en proclamar, pues lo pienso desde que, muy joven, leí algunos de los papeles de Bustamante y el libro de Rivera: *Virreinato de la Nueva España*, en la trunca edición vasconceliana. Tan parecidos los encuentro, que si abro al azar una obra de cualquiera de los dos no sé a quién estoy leyendo: la misma soltura, desparpajo, abundancia, gracejo, sapidez. La misma inclinación al refrán, que contribuye a la mayor gala y abundancia del idioma. La frecuencia de las citas, latinas, casi siempre. El valor de llamar a las cosas por su nombre, aunque rabie don Artemio que calificó a don Carlos de “laborioso” pero chabacano y mendaz. Ni don Agustín ni don Carlos se tentaban el alma para decir pan y para decir vino. Dos escritores que supieron tratar a la lengua española como se debe: a su tiempo como dama y como mujerzuela, sin que ese tratamiento la reduzca ni vaya en contra de quien así se atreve a tratarla.

No sólo. Rivera habla con elogio de Bustamante, si bien carga a su cuenta lo que en su obra encuentra descarriada, fuera de razón. Lo mismo hace con Alamán, reverso de aquella medalla; pero en el balance, el déficit es para don Lucas, para don Carlos, el superávit. Bustamante era un hombre sencillo y de bellissimo corazón, dice; pero de buena capacidad intelectual y no era un crédulo, como lo pintan los alamanistas para desacreditar su *Cuadro* y su opinión y autorizar la de ellos, agrega.

Volvamos al parecido que hay entre nuestros dos historiadores, si es que lo son. Porque uno, Bustamante, más de una vez dijo no serlo, sino un mero recopilador de noticias, un analista al servicio de quien, con pluma mejor cortada que la suya, escribiera la historia de la guerra de Independencia, que pudo ser Alamán que tan bien, y en forma tan abundante, si bien siempre confesada, se aprovechó de sus escritos cuando hizo la suya, ape-

nas muerto el insurgente. Rivera escribió mucho, sin tiempo casi para cernir, cribar, criticar, ¿qué es, sí no, *La Reforma y el Segundo Imperio*, cuya lectura promueve esta Alacena? Es un libro a la manera de los bustamantinos: acumulación de noticias, de documentos, de materiales, de referencias que acudían a la mente y a la pluma del padre Rivera. Trabajaba en favor de los dos, su portentosa memoria, su abundancia de lecturas, su falta de tiempo para fijarse en nimiedades de estilo, para pensar si esta o aquella cita conviene al caso, si esta o la apostilla aquella está en el idioma de su autor o en uno distinto. Y qué bien que procedieron así. Porque si se detuvieran a pensarlo, no tuviéramos ahora mies para satisfacer nuestra apetencia de información, nuestra hambre de lectores de buena fe, quiere decir esos que no le andan buscando gazapos a los autores, ni lenguaje pulido y compuesto, sino algo que vale más: la entrega a una tarea que se considera útil a nuestros semejantes, la voluntad de crear, la decisión de dar con la verdad y proclamarle luego.

Quien tenga tiempo y curiosidad, lea, digamos, unas páginas del *Cuadro Histórico* y otras del *Virreinato de la Nueva España* y verá cuán cierto es que don Carlos y don Agustín son ramas de un mismo tronco, del mismo sempiterno árbol mexicano, todo él fronda y promesa de botones, flores y frutos.



Mayo, 1966

La última vez que vi a José Vasconcelos, un mes antes de su muerte, me contó que estaba leyendo a Carlos María de Bustamante. No dejó de sorprenderme el hecho, porque Vasconcelos fue el más ardiente y apasionado lector de Lucas Alamán, autor de la pésima fama de Bustamante, y contra la que no se ha dejado de combatir. Con éxito, por fortuna: cada vez la figura del historiador insurgente se limpia del humo y las nubes con que intentó eclipsarlo el historiador realista.

¿Por qué aquella lectura tardía de Vasconcelos? Porque tarde, según dijo, lo había descubierto. Tal vez no lo relacionara con la insurgencia, mucho menos con su enemigo ideológico Alamán; y viera en Bustamante nada más al escritor abundante y apasionado, al que escribía como le daba la gana, a espaldas de todo halago a las musas, con quienes tuvo trato, sin faltar ninguna aunque no le dieran hijos legítimos. Quizás el autor del *Ulises criollo* admira el peligro constante con que Bustamante escribió sus libros; peligro de morir y de frustrar las páginas, que, para ciertos hombres, entraña un peligro igual al de la muerte. Decirlo todo, aunque a la mañana siguiente se contradijera, extremo este que Vasconcelos despreció toda su vida. La unidad, dijo uno de los dos oaxaqueños, sólo se da en los que se aferran en los errores, en las tradiciones, en suma, en los que no ejercen la facultad de pensar. Acaso aquella semejanza espiritual fuera la causa que llevara a Vasconcelos a proclamarse partidario de Bustamante. No las ideas, sino la audacia con que las exponía, el atropello con que las expresaba. Porque don Carlos, en efecto, irrumpía por la primera palabra que le viniera a la mente y a la mano. En el camino, mientras escribía y pensaba, daba con una expresión feliz, con una ocurrencia novedosa, con un giro en que nunca antes había pensado. No de otra manera procedía Vasconcelos. Su prosa, deslumbrante a ratos, de verdadero poeta en muchas ocasiones, era logro de la improvisación, de su estilo genial.

El volumen de la obra histórica de Carlos María de Bustamante, la discusión que esa obra ha promovido, la imagen que de él trazó Alamán apenas murió, llamándose su amigo aunque lo fuera

más de la verdad, no siempre permiten ver en Bustamante al literato, que lo era magnífico, rico de expresiones donosas, de hermosura inesperada: y que nos sorprenden, justamente, por haber leído y oído que era un pésimo escritor.

Eso es lo que me a mi entender emparentaba a los dos escritores oaxaqueños o oaxacos, como se decía en tiempos de don Porfirio. Aparte, claro está, el parentesco que dan los orígenes, el hecho de haber nacido en una misma tierra. Porque no pueden ser ajenos al alma humana la luz, el aire, el cielo y la tierra en que se nace. Al aire de Florencia decía Miguel Ángel que debía su genio. A la luz de Oaxaca, una luz que se toca, que se ve, que tiene cuerpo y que nutre, tal vez debieran esos dos hombres y escritores su carácter, y su conducta, y su condición genial.

Todavía no se conoce la obra total de Carlos María de Bustamante. Cada día se descubren nuevos papeles suyos. Muchos mexicanos trabajan sobre sus obras, se afanan por entenderlo y presentarlo en su real significado a los lectores contemporáneos. Uno de ellos es Antonio Martínez Báez, feliz cazador que ha logrado una de las más preciosas joyas bustamantinas: la *Representación* que firmó Verdad y Ramos, pero que fue escrita por el autor de las *Mañanas de la Alameda de México*. Aunque él no lo confesara en alguna parte, quien frecuente la obra de Bustamante, y Martínez Báez la frecuente, establecería la paternidad.

Lástima es que José Vasconcelos haya muerto cuando apenas acababa de descubrir a don Carlos. La semblanza que anunció sobre el historiador y literato insurgente habría servido, por venir de tal pluma, para su mejor valoración. ¡Lástima!



Julio, 1966

La opinión más corriente es que Carlos María de Bustamante fue enemigo acérrimo de España, que le atribuyó todas las desgracias de México: que siempre que viniera a cuento, y hasta cuando no viniera, se volvía contra ella. Y no hay tal, Bustamante, como los más lúcidos americanos —recuerdo ahora al argentino Sarmiento—, debía mucho de su formación intelectual a España, aunque se empeñaran en ocultarlo, Sarmiento, sobre todo. Lo que sucedió es que empeñados en asegurar la independencia de sus respectivos pueblos, sorteaban el tema, lo esquivaban, siempre que podían. En el caso concreto de Bustamante, sería útil recordar y, si fuera dable, publicar todo aquello que escribió en elogio y reconocimiento de los bienes que recibimos con la Conquista. Ayudaría de mucho entenderlo mejor, a restarle negaciones, a atenuar las fobias que sus enemigos, Alamán y García Icazbalceta en primerísimo lugar, han acumulado en su contra.

La obra de Bustamante, claro está, es abundantísima, y hay que entrar en ella con brújula y machete: para no perderse en la espesa selva, para abrirse paso. Y a eso no es tan fácil decidirse.

Porque, ¿quién no lo piensa antes de atreverse con las *Mañanas de la Alameda*, por ejemplo, y para sólo referirnos a una de sus obras menos intrincadas? Letra menudita, multitud de notas, *interesantísimas*, pero muchas veces extensas. Pero hay que atreverse y hay que decidirse; de otro modo se le niega sin razón, se le aplaude, igualmente sin razón. Y yo he vuelto a Bustamante, a algunas de sus obras: aquellas más ricas, más combatidas, para espigar lugares en que pueda quedar evidente su *patriotismo*, sus ideas liberales, su amor a México: al que vio nacer y aquel del que siempre se creyó huérfano, desterrado: el de la antigüedad precortesiana.

En *Mañanas de la Alameda* hay un fragmento que transcribo, para no traicionarlo. Dice: “Sin embargo, hagamos justicia al gobierno español (en lo que lo merezca): él planeó colegios y academias, en el reinado del sabio Carlos III: se estableció la de Bellas Artes que enriqueció con bellísimas estatuas, que aun ustedes admiran cuando la visitan; mandó excelentes artífices, e imitó a su predecesor Felipe II, que hizo venir a México los

que no pudo colocar en las obras del Escorial; de su sabiduría dan testimonio algunos magníficos templos que rebatan la atención de los viajeros, como la Catedral de México, San Agustín, Santo Domingo de Oaxaca, y otros. España no hizo más porque más no pudo, y España dio a esta América una constitución que desconocemos los mismos mexicanos que precian de sabios, y cuyo análisis supo formar el sabio padre Mier en la *Historia de la Revolución* que imprimió en Londres; constitución en que campea el buen ánimo de los reyes austriacos, y deseos de hacer felices a los indios: sobre todo, Felipe IV el grande, cuya ley autógrafa se conserva, y yo leo con respeto y lágrimas, prohibiendo el mal tratamiento de los indios. En fin esta América, si puede llamarse esclava bajo la dominación española, puede también decir que lo fue a la par con la misma península. Recorra V. la espantosa lista de las contribuciones que abrumaron a los españoles, y cotéjela con las que nos impusieron, y hallará que es infinitamente mayor que la nuestra. Supuestas pues estas verdades, note V. los progresos que este suelo de colonos hizo en las ciencias y artes, y hallará confirmada esta verdad que se escapó de la lisonjera pluma del canónigo Beristáin..." "México —dice— fue el girasol de España."

Y, de este tenor y estilo, hay en las obras de Bustamante cien lugares. ¿Hasta cuándo fundaremos nuestros juicios en lo ya dicho, en lugar de averiguar la verdad por nosotros mismos; Don Carlos María de Bustamante no es el que nos han pintado. Es otro.

Carlos María de Bustamante

